

Señoritas en Berlín Fräulein in Madrid 1918–1939

Gabriele Beck-Busse
Arno Gimber
Santiago López-Ríos
(Hg.)

HENTRICH
& HENTRICH

Impressum

Umschlag • Cubierta : “Las Universitarias”, de Rafael Pellicer. 1934.

Óleo sobre lienzo. Colección particular.

Verlag und Herausgeber danken sehr herzlich für die Erlaubnis zur Reproduktion. La editorial y los coordinadores del volumen agradecen el permiso de reproducción.

Die Deutsche Nationalbibliothek verzeichnet diese Publikation in der Deutschen Nationalbibliografie; detaillierte Daten sind im Internet über <https://portal.dnb.de/> abrufbar.

La Biblioteca Nacional de Alemania incluye esta publicación en la Bibliografía Nacional de Alemania; para datos detallados al respecto, véase: <https://portal.dnb.de/>

2014 Hentrich & Hentrich Verlag Berlin

Inh. Dr. Nora Pester

Wilhelmstrasse 118, 10963 Berlin

info@hentrichhentrich.de

<http://www.hentrichhentrich.de>

Gestaltung • Diseño: Michaela Weber

Druck • Impresión: Winterwork, Borsdorf

1. Auflage 2014 • Primera edición 2014

Alle Rechte vorbehalten • Reservados todos los derechos

Printed in Germany

ISBN 978-3-95565-039-1

De Madrid a Marburgo. El viaje de estudios de María de Maeztu a Alemania¹

Isabel Pérez-Villanueva Tovar

UNED, Madrid

Este artículo estudia el alcance que tuvo en la formación, en los escritos y en la trayectoria profesional de María de Maeztu la pensión concedida por la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas en 1912-1913 para viajar a Alemania, un destino imprescindible entonces entre los intelectuales que constituían el núcleo de referencia de la futura directora de la Residencia de Señoritas madrileña: la Institución Libre de Enseñanza, José Ortega y Gasset y su hermano Ramiro. Siguiendo el camino de estos dos últimos, que la orientaron de forma decisiva, aprendió alemán y siguió en la Universidad de Marburgo las lecciones de filosofía y pedagogía de algunos de sus más ilustres profesores. Se familiarizó especialmente con el pensamiento de Paul Natorp, que contribuyó a difundir en España como traductora de *Religión y humanidad* y *Curso de Pedagogía*.

Der Beitrag untersucht die Bedeutung eines von der *Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas* gewährten Stipendiums für die Ausbildung, die wissenschaftlichen Veröffentlichungen und den beruflichen Werdegang María de Maeztus. Sie konnte zwischen 1912 und 1913 nach Deutschland reisen, damals ein unverzichtbares Ziel für die Intellektuellen in einer Institution, die zum Bezugspunkt der zukünftigen Direktorin der *Residencia de Señoritas* in Madrid gehörten: die *Institución Libre de Enseñanza* mit José Ortega y Gasset und ihrem Bruder Ramiro de Maeztu an der Spitze. Nach dem Vorbild dieser beiden Persönlichkeiten, von denen sie maßgeblich beeinflusst wurde, lernte sie Deutsch und belegte an der Universität Marburg Vorlesungen in Philosophie und Pädagogik bei einigen der berühmtesten Professoren. Sie beschäftigte sich hauptsächlich mit dem Denken Paul Natorps, den sie durch ihre Übersetzungen von *Religion innerhalb der Grenzen der Humanität und Sozialpädagogik* in Spanien bekannt machte.

Nacida en Vitoria el 18 de julio de 1881 en una familia acomodada de orígenes cosmopolitas y adscripción liberal, María de Maeztu Whitney es una de las mujeres españolas más relevantes de su tiempo, de formación excepcional en el ámbito femenino y extraordinaria proyección pública. Es sin duda la que alcanzó responsabilidades de mayor importancia en el entramado creado por

1 Este trabajo se ha realizado dentro del Proyecto de Investigación CSO2010-18925, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, siguiendo el proyecto reformista y liberal de la Institución Libre de Enseñanza. Hasta 1936, fue en la órbita de la Junta donde desarrolló la mayor parte de su actividad, centrada en la educación de los niños y de las mujeres, a las que procuró además facilitar plataformas de apertura profesional y vital así como su incardinación en movimientos feministas de carácter internacional.

Maestra, titulada por la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio, Licenciada en Filosofía y Letras, especialidad de Filosofía –carrera que comenzó en Salamanca y terminó en Madrid–, formó parte de la Sección 9ª del Centro de Estudios Históricos, dedicada a la Filosofía Contemporánea, y fue directora de la Residencia de Señoritas desde su fundación en 1915, y de la Sección Preparatoria del Instituto-Escuela, entre 1918 y 1934. Fue además la única mujer vocal de la Junta para Ampliación de Estudios, y perteneció a su comisión encargada de las relaciones con América. En los años veinte, ocupó un lugar muy destacado en la creación del Lyceum Club Femenino, una institución ideada al modo británico con presencia en numerosos países, y en la de la Asociación Española de Mujeres Universitarias, filial también de una organización supranacional.

En 1932, accedió a la enseñanza universitaria en la recién creada Sección de Pedagogía de la Facultad de Filosofía y Letras madrileña. Perteneció al Consejo de Instrucción Pública y fue miembro del Consejo Nacional de Cultura. Durante la dictadura de Primo de Rivera, aceptó formar parte de la Asamblea Nacional.

Viajera infatigable, oradora ardiente y persuasiva, conferenciante de éxito en España y en América, divulgadora de temas pedagógicos y culturales, ensayista, obtuvo premios y reconocimientos muy numerosos, como el Doctorado Honoris Causa por el Smith College, el nombramiento como miembro correspondiente de la Hispanic Society of America, o el de profesora honoraria de la universidad de México.

La Guerra Civil y el fusilamiento de su hermano Ramiro, en el otoño de 1936, trastocaron profundamente sus referencias intelectuales e ideológicas, distanciándola de sus convicciones liberales anteriores. Se instaló entonces en Argentina, donde siguió desarrollando hasta su muerte, el 7 de enero de 1948, una intensa actividad como profesora y conferenciante, volcada además en la divulgación de la obra del Ramiro de Maeztu de *Acción Española*.

De madre anglofrancesa y padre de origen vasco, nacido en Cuba y educado en París, María de Maeztu no debió de sentirse nunca ajena al planteamiento

de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, que promovía la apertura al exterior y un intercambio de carácter internacional para la mejora de la educación y de la cultura españolas. Se acercó muy tempranamente a esa Junta, y figura entre los primeros solicitantes de pensión para estudiar fuera de España en 1907, en aquella convocatoria inicial en la que no pudo hacerse efectiva ninguna.

En 1908, obtuvo una pensión para viajar a Gran Bretaña, y otra, en 1910, para conocer la educación primaria en Bélgica, Suiza e Italia. Por las Reales Órdenes de 27 de junio de 1912 y de 11 de enero de 1913, la Junta le concedió nuevamente una pensión para ampliar estudios de pedagogía en Alemania (Pérez-Villanueva Tovar 1989, 2009, 2011).

En el horizonte vital e intelectual de quien era entonces una joven maestra, recién graduada en la prestigiosa Escuela de Estudios Superiores del Magisterio, dispuesta a aprender y mejorar su preparación para abrirse nuevos caminos en el entorno de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, resultaba imprescindible acercarse a la universidad alemana, porque en ese círculo, como en la Institución Libre de Enseñanza, se sintió siempre una viva admiración por la ciencia y la cultura de ese país.

Cuenta Manuel Azaña, en este sentido, la enorme preocupación que produjo en Francisco Giner de los Ríos la explosión de la Gran Guerra. Adscrito al bando aliadófilo, consideraba necesaria la derrota del “militarismo alemán”, pero temía por la suerte de un país tan valioso desde el punto de vista intelectual, advirtiendo “que no se podía desear el aniquilamiento de Alemania, cuya grandeza está por encima de cualquier error político” (Azaña 1967: 816). Y en agosto de 1914, Giner intentó promover la publicación de una declaración en agradecimiento a la deuda contraída por muchos con el pensamiento y la ciencia alemanes, irritado por las cosas que se escribían entonces “contra esa Alemania espiritual, a que nosotros debemos reverencia y amor, aunque estemos contra la política interior y exterior militar de sus Gobiernos” (Castillejo 1999: 177).

Es bien conocido, por lo demás, que fue alemana la fundamentación que dio consistencia al planteamiento filosófico de la Institución Libre de Enseñanza. Partiendo de Schelling y de Krause, Giner conoció a fondo el movimiento hegeliano, y, según se ha señalado, pese a su acercamiento a las concepciones positivistas de Comte o Spencer, sintió cierta predilección, en la última etapa de su vida –murió en febrero de 1915–, por el neo-idealismo defendido entre otros por Cohen y Natorp (Valentí Camp 1915: 384). En lo que se refiere a

la reforma educativa, y muy especialmente a la universitaria, frente a la orientación francesa, dominante en España a lo largo del siglo XIX, el institucionalismo tuvo muy presente el ejemplo de Alemania, que consideró necesario conjugar con su otro gran foco de interés, la tradición inglesa: “Alemania es para el científico; Inglaterra, para el hombre”, le escribía Giner a José Castillejo, futuro secretario de la Junta para Ampliación de Estudios, en octubre de 1903. Y precisaba pocos meses después: “Ya sabe V. que yo pienso que si el sabio se forma en Alemania tal vez como en ninguna parte –todavía no llegan los Estados Unidos–, en Inglaterra se hace el hombre” (Castillejo 1997: 192 y 208).

El viaje a Alemania de María de Maeztu resulta, desde este punto de vista, un complemento imprescindible de la pensión que había disfrutado en Inglaterra con anterioridad. La Junta parece querer perfeccionar así su preparación para las tareas que le confiaría, de acuerdo con la pauta que, por ejemplo, había elegido Giner para formar a Castillejo. La joven seguía además el camino de otros muchos pensionados por la Junta en ese periodo como Manuel García Morente, y, sobre todo, José Ortega y Gasset, su maestro en la madrileña Escuela de Estudios Superiores del Magisterio. Pesó además –y mucho– en su elección el hecho de que su hermano mayor, Ramiro, hubiese viajado también a Alemania, aunque en este caso por su propia cuenta, sin intervención de la Junta. Ambos –Ortega y Ramiro de Maeztu– constituían sus principales apoyos, y la joven sentía hacia ellos la máxima admiración. Naturalmente, el lugar elegido fue Marburgo, en cuya universidad habían ampliado estudios sus dos mentores.

Según se lee en el escrito dirigido por Ortega al presidente de la Junta, Santiago Ramón y Cajal, el 22 de marzo de 1910, con el fin de pedir una pensión para ampliar estudios en Marburgo durante el año siguiente, allí se estaban llevando a cabo “los más hondos estudios y los más innovadores sobre los clásicos del idealismo”. Hermann Cohen le parece “el único pensador que trabaja en la elaboración de un sistema filosófico”, y Paul Natorp un “eminente pedagogo, reconstructor de Pestalozzi y expositor ilustre de la pedagogía social”. Cohen y Natorp representan para el joven profesor “la más profunda y rigurosa corriente” en la enseñanza de la filosofía.²

Ramiro de Maeztu, que por entonces había conseguido ya cierta notoriedad como escritor y periodista pero no era universitario, buscaba tenazmente en Marburgo adquirir una formación de la que carecía –era muy consciente de

2 La documentación original que se utiliza en este estudio procede de los Archivos de la Residencia de Estudiantes y de la Fundación Ortega-Marañón (Madrid).

ello-, aprovechando la ayuda de Ortega a quien estaba muy apegado en esos años.³ Y el 6 de agosto de 1911, le explicaba a su hermana desde Marburgo:

Yo soy un zopenco. Tengo dos profesores, un alemán Hartmann, al que pago, y un español, Pepe, a quien no pago. Hartmann y yo leemos unas siete horas semanales la *Crítica de la Razón Pura*. Hartmann que es un filósofo formidable, aunque muy joven va aclarando dudas, subrayando palabras y explicando la concreción histórica del pensamiento de Kant. Yo pongo naturalmente cinco o seis horas de trabajo para no estar muy bruto en las horas que paso con Hartmann. Después de Hartmann, Pepe me va explicando las dudas que me quedan. Ambos se esfuerzan mucho, pero yo soy muy bruto.

En 1912, al obtener María una pensión de la Junta para vivir unos meses en Alemania, hacía ya algún tiempo que Ramiro, deslumbrado por la inteligencia y la sabiduría de Ortega, quería que se convirtiera en su discípula. Ejercía sobre ella la autoridad del hermano mayor, en un marco familiar marcado por la temprana ausencia del padre, que había partido a Cuba para defender su hacienda y había muerto allí prematuramente. Él, que había tenido que interrumpir sus estudios ante la ruina del patrimonio familiar, tenía el mayor empeño en que su hermana menor alcanzase lo que él no había podido alcanzar, el más alto grado académico, para lograr una forma segura de ganarse la vida holgadamente, pero también para conseguir el reconocimiento de todos, el éxito pleno, una meta que los dos hermanos parecen imponerse como un obligación. “Tiene la debilidad –explica María de Maeztu a Ortega en 1910, refiriéndose a su hermano– de quererme demasiado, ha puesto en mí toda su esperanza y quiere que realice todo lo que él (tal vez por circunstancias especiales) no ha realizado”. Recién instalado en Londres, le anunciaba a María: “Yo voy a ser el hombre de moda en España y en Inglaterra”. Y seguidamente le recomendaba: “Ten ambición, mucha ambición y la confianza en ti”. En enero de 1908, le contaba que hablaba mucho de ella a quienes frecuentaba, y que, pocos días antes, Sacha Kropotkin había preguntado por ella: “En fin que ya eres un prodigio y tu nombre cunde”.

El viaje de María de Maeztu a Marburgo se produce en un periodo en el que su cercanía intelectual a Ortega es mayor. Desde esta perspectiva, puede entenderse como un elemento fundamental para continuar esa proximidad, e incluso para aumentar los lazos intelectuales, hacerlos más sólidos, pese a

3 María de Maeztu (1948: 15-16) explicó el significado intelectual de la Universidad de Marburgo, en especial para su hermano Ramiro, de quien afirma que coincidió allí con ella en 1913.

estar convencida de que no habría para ella mejores lecciones de filosofía “ni en Alemania ni en el Congo” que las de Ortega, a quien hace esta confesión en carta de septiembre de 1910. Ortega estaba entonces muy pendiente de ayudarla y deseoso también de contar con la joven en la que apreciaba cualidades sobresalientes. “María no tiene ningún defecto grave y es la mujer más capaz de intelecto y corazón que he conocido. Espero que no nos separemos nunca del todo”, le comenta Ortega a su amigo Maeztu el 10 de agosto de 1910. Y añade: “Si pudiera pasar junto a mí este año que entra pienso que acabaría de pertrecharse para escribir que –ya sé que Vd. piensa lo contrario– considero su misión radical”.

De hecho, en ese viaje convergen –y se refuerzan– los impulsos fundamentales que determinan la trayectoria de María de Maeztu, el institucionismo, Ortega y su hermano Ramiro. Al menos en esos años, el peso de estos últimos fue superior al de la Institución, cuando no hubo acuerdo general. Así, por ejemplo, Ramiro escribió en octubre de 1909 a su hermana para convencerla de que en vez de pensar en viajar al extranjero, como le aconsejaban, entre otros, destacados representantes de la Institución Libre de Enseñanza, fuese a Madrid a estudiar con Ortega en la recién creada Escuela de Estudios Superiores del Magisterio. Para ello le sugiere que utilice el siguiente “pretexto”: “voy a Madrid, no por la Escuela Superior, sino porque mi hermano Ramiro cree en Ortega y Gasset, como no ha creído nunca en nadie”. Y sigue más adelante:

Ortega sabe que a España le hace falta una maestra, y que a esa maestra no le basta con el temperamento y la santidad –necesita una cabeza formada para que sea maestra, es decir, capaz de hacer discípulos, y no solo admiradores, sin gente que siga la obra, es decir, escuela– y él puede formarte esa cabeza y sabe que hay cabeza a formar, porque hay en ti temperamento y santidad. Ortega te necesita, porque su obra es objetiva, necesita discípulos, como tú, por ahora, necesitas de él para completar tu formación. Junto a él aprenderás alemán, griego y filosofía. Te sistematizarás; serás hombre, en el sentido en que lo fue Goethe. Y hoy no hay un Ortega de 28 años, ¡ni en Alemania!

Y, pocos días después, el 14 de octubre, le transcribe parte de la carta que le había enviado Ortega, preocupado ante la posibilidad de que no fuese a estudiar ese año a la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio con él: “Así pierdo –dice Ortega– esta fresca ilusión de fijar un poco el espíritu de María”. Se quejaba el filósofo de que relevantes profesores aconsejasen de otra manera a María, muy bien relacionada ya, gracias a las incansables gestiones a su

favor de su madre, Juana Whitney, y de su hermano mayor, haciéndole sentirse “como un cortejador despechado”:

Ha estado en Salamanca, creo, y Unamuno debe haberle dicho algo protervo. Resulta que también es amiga de *Azorín*. Es amiga de todo el mundo. ¿No ve Ud. como resulto celoso a propósito de su hermana? Dios mío, pero ¡si me quitan de la acción la única corteza cerebral que había en la Escuela apta para aprender el idealismo!

En realidad, el viaje a Alemania de María de Maeztu parece haberse fraguado en buena medida durante la estancia de Ortega y su hermano en Marburgo, un tiempo en el que se hace más viva la interesante relación triangular entre los dos Maeztu y Ortega. Desde allí, en una carta sin fecha, Ramiro se quejaba a su hermana de que ni Ortega ni él tuviesen noticias suyas. Y le decía: “Te advierto que como no estudies alemán no entiendes a Kant, ni a Natorp, ni a Cohen, mejor dicho, sin Cohen no hay Kant y sin Natorp no hay Pedagogía”, para concluir más adelante: “Sin alemán no hay Kant y sin Kant no hay más que vaguedades”.

El 6 de agosto de 1911, también desde Marburgo, le insistía en que estudiase. Y formulaba lo que debía de ser una finalidad importante –si no la principal– de todos sus esfuerzos de aquel tiempo, hacer el doctorado con Ortega:

Agarra un libro, uno, cualquiera clásico. Estrújalo, métetelo dentro, sírvete de los otros libros como auxiliares. Saldrás de ese libro con una barra de acero en el espíritu. Los demás libros que te interesen los asimilarás con relativa familiaridad, por comparación. Y te advierto que si no haces eso no te dará Pepe el grado de doctor en Filosofía. Ya se están acabando las farsas en España.

Las recomendaciones se van concretando, y volviéndose más prácticas, al acercarse la partida. El 26 de noviembre de 1912 le escribe desde Londres para explicarle que él pagaba 150 marcos al mes por vivir en una casa “buena, siempre dentro de lo malas que son todas”. Y le recomienda que consulte con Nicolai Hartmann para decidir su instalación: “Es mi profesor, a quien escribo y que te buscará lo que necesitas. Ya le había hablado mucho de ti. Creo que debes pedirle mejor que una pensión una familia. 110 marcos mensuales es el precio corriente”.

El 1 de octubre de 1912 comenzó la pensión de María de Maeztu en Alemania para seguir “Estudios de Pedagogía”, con retraso por la protesta del Ayuntamiento de Bilbao ante una nueva ausencia de la escuela que dirigía allí, tras vivir los tres últimos años en Madrid siguiendo las enseñanzas de la Escuela de

Estudios Superiores del Magisterio (Castillejo 1998: 721-722). Según resume la Memoria de la Junta, pasó tres meses en Leipzig, visitando las escuelas de primera enseñanza y las escuelas normales, y dos semestres en la Universidad de Marburgo. Durante el primero estudió, con el profesor Natorp, la “Fundamentación filosófica de la Pedagogía”, y durante el segundo, “El Problema de la Pedagogía social”. Privadamente trabajó con Hartmann sobre las “Teorías centrales de la Filosofía kantiana”. Presentó, a su regreso, un trabajo sobre “La concepción filosófica de la Pedagogía según los principios del Profesor Natorp” (JAE 1914: 101-102).

Conseguir cierto dominio del alemán centra sus esfuerzos en los primeros meses, y así se lo comunica a Castillejo:

Me detuve en Leipzig más tiempo del que pensaba (hasta 1º de enero) porque al llegar a Alemania y enfrentarme con la lengua, tuve que librar una ruda batalla con el enemigo. ¡Y eso que llevaba 3 años estudiando el alemán! Con mis dos buenas maestras y explotando a todo el que caía bajo mi jurisdicción, pude entenderme pronto.

[...]

Aquí, en Marburg, en esta pequeña y deliciosa ciudad, donde todo está admirablemente dispuesto para el estudio fecundo, trabajo sobre las cosas de Natorp. Asisto al Seminario Filosófico, donde Hartmann, discípulo de Cohen, muy amigo de Ortega, lee la Crítica. Con decirle a V. que estamos estos días en la “deducción de los conceptos puros del entendimiento” creo haber dicho que me estoy rompiendo la cabeza (Bueno, un poco menos). En las cosas de Natorp, con la preparación que traje de los dos cursos con Ortega, marchó muy bien. Ahora estoy con la Pedagogía Social, que es para mí un problema central. He tenido la mala suerte de que, al poco tiempo de llegar, Natorp se puso enfermo, tuvieron que hacerle una operación en el estómago y suspendió sus clases. Pero Hartmann que para mí fortuna es un excelente amigo, me ayuda mucho.

En el semestre de verano cursa las materias de Propedéutica Filosófica con Natorp, Historia de la filosofía antigua con Hartmann, y Psicología con Jaensch, el sucesor de Cohen. Asiste también en el Seminario Filosófico a los trabajos de colaboración que realizan esos profesores. Le gusta especialmente Hartmann, como se desprende de una carta que le envía su hermano. A Ortega le cuenta las dificultades –“aquí ando luchando con la Crítica y con Natorp”–, pero también los progresos. Marburgo le parece “delicioso” y siente que allí “el tiempo cunde que es una bendición”.

Mantiene vivo su interés por la enseñanza primaria, según le hace saber al secretario de la Junta. En Leipzig, aprovecha para visitar las escuelas, tras solicitar y obtener el correspondiente permiso, porque, aunque no era ese el objeto fundamental del viaje, consideraba que en esa ciudad la enseñanza popular estaba “admirablemente organizada”. Y se proponía hacer un estudio comparativo entre las escuelas alemanas e inglesas, “como tipos representativos que obedecen a dos ideales distintos”,⁴ a los que aplica una definición perfectamente acorde con la visión de Giner: “La escuela inglesa forma al hombre; la escuela alemana, al especialista”. Y pregunta a Castillejo si podría quedarse en Alemania hasta el 1 de octubre, para dedicar mes y medio –el semestre termina el 15 de agosto– a visitar las escuelas de Berlín.

Tampoco pierde de vista, desde luego, sus inquietudes feministas, y añade la siguiente nota sobre la marcha del Seminario al que asistió en Marburgo:

A la lectura de la Crítica asistían 30 alumnos, de ellos 15! mujeres. Y como V. sabe este trabajo es libre, sin que requiera matrícula alguna ni se realice para fines académicos. A mi todo esto me causa una honda emoción.

Hace un balance magnífico de su viaje, al que encuentra una directa aplicación de fuerte contenido reformista, en clara sintonía con la visión de la Junta para Ampliación de Estudios y la Institución Libre de Enseñanza:

Cada día estoy más contenta de mi estancia en Alemania. Un año aquí valen [sic] por 10 en España. He dicho mal, porque la labor de aquí es insustituible.

Tenemos que empujar entre todos, con todas las fuerzas de nuestro espíritu esa obra de enviar gente a Europa, para humanizarla. Es increíble lo que se gana y se aprende. Y después hay que labrar, ahí, ahí, para que este trabajo no se pierda. Hacer labor de Seminario fuera de la Universidad, y sin que los jóvenes –hombres y mujeres– que allí acudan vayan *por* y *solo por* el título, sino por el placer de los placeres de aprender a pensar.

Esto hay que metérselo a las gentes –quieran o no– por todos los sentidos.

Fruto de su trabajo en Marburgo, es la traducción de la obra de Paul Natorp, *Religión y humanidad*, que se publica en 1914. En el prólogo que la precede,

4 De acuerdo con ideas que Ramiro de Maeztu había expresado en diversos artículos, comparó, en un texto manuscrito de 1907 –“Formación del carácter por la educación en las escuelas de Inglaterra”–, ambos países. Consideraba que, “en lo material y externo”, era mucho más necesaria la presencia del Estado y de los gobernantes en Alemania, pero que en lo interno y psíquico, el ideal de grandeza que cada alemán lleva dentro se lo ha dado Kant con su filosofía, Goethe con su literatura, Wagner con su música”.

recuerda María de Maeztu que fue Ortega quien le descubrió a Natorp la primera vez que se vieron, al preguntarle si había leído algo suyo. Hasta entonces, los maestros españoles, como ella, habían tenido ocasión de entever en los escritos de Pestalozzi “el valor ético de la educación para el trabajo, la necesidad de dotar a todo hombre de la conciencia cultural”, habían percibido en *La República* de Platón “la perspectiva inmensa de la educación social” y habían sentido en la obra de Amicis “la emoción honda que induce a borrar, para siempre, ese ignominia que separa, desde los bancos de la clase, a los hijos de los pobres de los hijos de los ricos”, pero no conocían a Natorp. Traducir por vez primera una de sus obras, formando parte del pequeño grupo de profesores que estaban estudiando y difundiendo su obra en España, significaba ayudar “a poner a los maestros españoles en comunicación directa con la cultura alemana, que es hoy la cultura central del mundo”. Suponía también atender a todos aquellos “que llevan en su espíritu el ensueño de una educación moderna”.

María de Maeztu define lo que significa y lo que aporta Paul Natorp en los siguientes términos:

Paul Natorp representa en Alemania la tradición, elaborada y ampliada, de las ideas que el genio de Pestalozzi hizo populares en Suiza en el siglo XVIII. Es, en la Universidad de Marburg, la cabeza visible de la escuela que pide la participación de las ciencias normativas –Lógica, Ética y Estética– en la educación, frente a la escuela herbartiana, que representa la dirección psicológica, encarnada actualmente en la figura de Rein, profesor de la Universidad de Jena. Es el representante de la pedagogía social que exige la educación por y para la comunidad, la socialización de la escuela, frente a la pedagogía individual que quiere formar al hombre aislado, suelto, desprendido de la comunidad, como si tal abstracción fuese una realidad concreta, humana. Es el propagador en nuestros días de la escuela única, que reclama para la sociedad el derecho absoluto de la educación del pueblo, negando a la familia el presunto derecho de educar a sus hijos, y combate la organización actual de la escuela que escinde, a sabiendas, la unidad humana.

El acuerdo de la prologuista con las ideas de Natorp se hace especialmente patente en lo que se refiere al lugar de la religión en la escuela y a la cuestión de su enseñanza. “El dogma, como tal, debe ceder su puesto al ideal moral”, subraya. Como proponía Pestalozzi, “en el ambiente de la clase ha de flotar un espíritu religioso profundo, sincero, íntimo, que se infiltre en el alma de los alumnos y fomente en ellos el amor a la ciudad, el respeto a la ley, la admi-

ración a todo lo que representa un valor cultural en el mundo". No se debe –y además no se puede– suprimir la religión en los primeros años de formación, “porque es la expresión más elevada del sentimiento, y el sentimiento reclama sus fueros en las tareas educadoras con un título idéntico al de la ciencia, la moral y el arte”. Pero, al tiempo, no cabe imponer un dogma, una confesión determinada. Natorp –dice María de Maeztu– se opone al sistema francés “que consiste en suprimir la doctrina religiosa de la escuela, substituyéndola por la doctrina moral sin religión”, algo por lo demás imposible puesto que la moral no puede enseñarse por medio de doctrinas abstractas “sino por la experiencia de la vida misma”. Por tanto, en la escuela tiene que impartirse “una instrucción general religiosa a base de un fundamento cristiano, enlazada a toda la corriente del cristianismo”, pero ajena siempre –recalca María de Maeztu siguiendo a Natorp– de toda orientación dogmática (Maeztu 1914: 5–7, 12–14).

Si en un artículo de mediados de los años veinte insistirá en “la escuela heroica” y en “la escuela del trabajo” y no en “la escuela única” (Maeztu 1926: 15) –un tema crucial al que ya había prestado atención en época temprana–,⁵ aun parece compartir en esos años buena parte del planteamiento de Paul Natorp sobre el papel de la religión en la primera enseñanza, no muy alejado, por lo demás, del que se quiso aplicar en la Institución Libre de Enseñanza y en su esfera de influencia. Así se procuró hacer incluso en la Sección Preparatoria del Instituto-Escuela, a pesar de impartirse una “enseñanza dogmática de la Religión”, de acuerdo con la legislación vigente para las escuelas elementales públicas (Maeztu 1925: 38–40). En 1938, el Instituto de Didáctica de la Facultad de Filosofía y Letras bonaerense publicó *El problema de la ética. La enseñanza de la moral*, libro en el que María de Maeztu ofrece una visión de conjunto sobre este tema que no dejó nunca de interesarle.

En fechas cercanas a su estancia en Marburgo, tradujo también otra obra de Natorp, *Curso de Pedagogía*, un texto en el que se advierten evidentes precedentes del Ortega de *Misión de la Universidad*, o del quehacer de García Moren-

5 En un texto manuscrito (“Nota de los lugares de residencia en el Extranjero al ser pensionada por la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, tiempo de permanencia en cada uno, trabajos realizados y resultados obtenidos”), atribuye a “las bandas políticas de la extrema izquierda” la petición de “la escuela única”, entendida como “función del Estado y que al Estado compete”. En esas mismas fechas, en una carta a Ortega del 20 de septiembre de 1910, le cuenta cómo en el Congreso de Educación Familiar celebrado en Bruselas se había alineado apasionadamente con “los revolucionarios” sobre este punto.

te como decano y renovador de la Facultad de Filosofía y Letras republicana en la que enseñó María de Maeztu.

Para la revista *Estudio*, escribió asimismo varios artículos en ese periodo: “Estudio de las aptitudes humanas” (Maeztu 1913d), “Pedagogía social” (Maeztu 1915), y otros tres que fueron enviados, como figura antes del título, desde Alemania. De estos, “Los juguetes” fue el primero que apareció, y en él se analiza, a propósito de una visita a la exposición que la casa Glaser organizaba anualmente en Leipzig, el papel que Froebel atribuye al juego, entendido como “la base del proceso educativo en los primeros años de la vida” (Maeztu 1913a: 55, 57).

El titulado “Pestalozzi y su idea del hombre” exalta la labor del pedagogo suizo por haber puesto en valor “la educación social”, formular un método enteramente nuevo y convertir la clase en “popular, universal, humana”, al abrir sus puertas, “atrancadas hasta entonces, a las clases humildes, y permitiendo que por sus rendijas penetrase todo el espíritu renovador que traían consigo los tiempos modernos” (Maeztu 1913b: 357).

En “Feminismo” explica –que no defiende– el movimiento sufragista inglés. Critica, desde luego, toda actitud violenta y “revolucionaria” que produce rechazo y temor, e incluso fomenta reacciones satíricas, en la opinión pública. Y, sin embargo, esas mujeres representan “el descontento general de una parte de la humanidad que sufre y calla”, son “eco y portavoz de millones de mujeres, de virtud resignada y paciente”. La desigualdad entre hombres y mujeres es un “problema social hondo, humano”, que requiere una solución y no puede resolverse “en su complejidad total” mediante esa “fórmula conciliatoria” que establece una diferenciación de funciones, atribuyendo a aquellos “la fuerza física, la razón y la creación de productos objetivos y culturales”, mientras que la mujer es “la criadora de hombres y mujeres, la emoción, la raza, la vida”.

El reconocimiento de la ciudadanía que piden las sufragistas inglesas significa pedir la participación en la cultura: “Si cultura significa cultivo, trabajo, la mujer tiene derecho a participar en la cultura, esto es, en el trabajo. Negárselo sería inmoral, sería tratarla como cosa, como a ser extrahumano, indigno de trabajar”. Desde este punto de vista, el feminismo es “un problema estrictamente cultural”, circunscrito a las mujeres de clases media: “Las mujeres del pueblo, que trabajan en libre concurrencia con los obreros y gozan próximamente de sus mismos derechos y libertades, no sienten necesidad de pedir una independencia especial, autónoma, y en su demanda de mejoras econó-

micas se unen al movimiento obrero formando con él una sola e indivisible clase”, mientras que las de las clases altas, “entregadas, por lo general, a una vida frívola, sólo desean que su situación actual se prolongue, invariable, por los siglos de los siglos”. El feminismo solo se justificaría plenamente, parece pensar María de Maeztu, “cuando los azares de la vida, las condiciones económicas o los vicios actuales de la sociedad” impiden que la mujer realice “la suprema función que le asigna la naturaleza, la de criar y educar a sus hijos” (Maeztu 1913c: 412–418).

Muchos años después, en unas páginas sobre las consecuencias que tendría la intervención de las mujeres en política, apenas varía la parte esencial de la tesis mantenida en 1913, y, como resulta habitual en toda su obra escrita, en la que se reproducen partes de textos propios publicados con anterioridad, incluye párrafos de “Feminismo”. Y sin embargo, la posibilidad que apunta de aunar “feminidad” y “feminismo” en el texto más reciente parece suavizar el inexorable cumplimiento de lo que se sigue considerando “suprema función” femenina (Maeztu 1930: 101–104).

Los estudios en Alemania tienen una consecuencia inmediata en su dedicación profesional. Al regresar, una vez terminada la pensión, no se incorpora a la plaza que le correspondía en la Escuela Normal Superior de Maestras de Cádiz. El 2 de octubre de 1913, solicita ser agregada, en comisión, a la sección 9ª del Centro de Estudios Históricos, dedicada a la Filosofía Contemporánea, que había comenzado a funcionar, a comienzos de 1913, con unas conferencias a cargo de su director, José Ortega y Gasset, sobre “Los problemas de la filosofía de la historia”, y que se dispone entonces a comenzar una labor sistemática (JAE 1914: 248–249). Tanto la solicitud de María de Maeztu, cursada al presidente de la Junta el 1 de octubre de 1913, como el informe favorable que Ortega remite al secretario el día 12 de noviembre, se basan en la estancia que ha realizado en Marburgo. Ortega menciona su conocimiento del alemán y el hecho de haber asistido a las lecciones de Natorp y Hartmann, “que –escribe– constituyen una de las escuelas filosóficas a que mayor atención tenemos que dedicar”. Estuvo vinculada a la sección de Filosofía del Centro hasta junio de 1916, fecha en la que dejó de funcionar al marcharse su director a dar una serie de conferencias a Argentina. Durante el año 1914, trabajó sobre Natorp, para publicar un libro sobre el conjunto de su obra filosófica.

La estancia en Marburgo, que completó las clases de Ortega recibidas en Madrid, supuso para María de Maeztu, en fin, una etapa muy consistente de dedicación al estudio y a la reflexión intelectual, y le proporcionó unos cono-

cimientos sólidos y unos intereses fundamentales sobre los que volvió más de una vez con posterioridad. Pero no se doctoró y se truncó en buena parte a su regreso a España el futuro dedicado a la investigación y a la escritura que Ortega y su hermano vaticinaban entonces para ella, algo que intentó recuperar en su etapa argentina. Absorta la mayor parte de su vida en una intensa y diversa labor educadora que requería su atención y su tiempo, María de Maeztu fue sobre todo una mujer de acción, una trabajadora infatigable, una luchadora valerosa en busca de nuevos horizontes especialmente liberadores y fructíferos para las mujeres españolas.